

Prólogo

Hace ya un año cuando el jurado de la II edición del Certamen de nuevos dramaturgos LANAU escénica decidió premiar el texto de Antonio Mauriz, todos los miembros del jurado coincidíamos, no podíamos dejar escapar esta pieza compuesta por elementos encajados con tanta minuciosidad, milimetrados, articulados al detalle. Esos diálogos y acotaciones al borde del delirio, esa sutil reflexión existencialista, la deshumanización de esos personajes volcada al precipicio de la nada, todo ello con un estilo que encajaba con nosotros, estaba escrito para nuestro certamen. Como miembro del jurado me entusiasmó su lectura y con ello la idea de llevarla a su hábitat, la escena, producirla y exhibirla en MÍNIMA espacio escénico no convencional, sala de investigación, creación y exhibición destinada a nuevos lenguajes dentro del panorama teatral, para posteriormente distribuirla y darle el reconocimiento, no sólo literario o dramático, sino también visual y escénico que merece.

'El tren de las trece (y trece)' te traslada al geométrico mundo de Kandinsky, su lectura se transforma en geometría escénica, espacio de acciones ordenadas por figuras simétricas, la excusa perfecta para solapar el caos del sinsentido. Su composición, expuesta siempre al hecho escénico, se ordena entre formas y medidas exactas que controlan la potencia interna de los dos personajes presentes, la carga que provoca la repetición de sus diálogos y acciones continuadas estalla en una lucha de poder durante la espera de un tren que nunca llega.

Mauriz extrae a los dos 'Gemelos' de la comedia de Plauto para situarlos en un ambiente desolador, frío y calculado, una estación de tren que bien podría ser el reflejo de cualquier contexto habitado por la codicia, donde dos desconocidos idénticos cargados con una maleta y sometidos a una espera, buscan su lugar luchando contra la simetría y semejanza hasta enfrentarse por controlar el momento, la palabra y el espacio, con el único afán de alcanzar el poder sobre el otro. Mauriz refleja sin tapujos la necesidad de jerarquía como instrumento de seguridad y supervivencia del individuo, hasta tal punto que lo irracional y trágico del enfrentamiento se convierte en absurdo con la comicidad que esto conlleva.

El vacío de un espacio donde los escasos objetos consiguen dominar a los personajes, la espiral de despropósitos que se desencadenan, y el definitivo fracaso de las palabras como medio de comunicación y entendimiento denotan en 'El Tren de las trece (y trece)' la grata influencia de autores como Beckett o Thomas Bernhard, donde la interpretación del lector o espectador ante la falta de respuestas del autor aporta la calidad que estos textos merecen.

Al expresarme Mauriz la intención de probarse y la dificultad con la que se encontró ante todos estos componentes propios del teatro del absurdo, fui más consciente de la complejidad que esconden estos textos y lo comprometido y siempre insuficiente que resulta valorar sus palabras. 'El Tren de las trece (y trece)' te embauca, te sumerge en otra realidad hasta enfrentarte, al igual que a sus personajes, a lo irracional del ser y su existencia, a la ilógica sobrestimación del tiempo desechado sinsentido, a la locura del vacío que nos ocupa... Como ya dijo Beckett 'Nada es más divertido que la infelicidad, te lo aseguro. Es la cosa más cómica del mundo'.

Gracias, Antonio, por este regalo.

Óscar Pastor